

EL JUICIO DE EROS

“El amor es la compensación de la muerte;
su correlato esencial”.

A. Shopenhauer.

Eros no puede mantener relación con mujer humana desde que Hera, diosa del matrimonio y de las mujeres casadas, prohibiera la promiscuidad y la lujuria entre dioses y humanos. Ha conseguido erradicar del Olimpo los juegos y correrías de antaño, ha depurado la “hombría” desechando héroes o semidioses y dando de beber la ambrosía sólo a los merecedores de ello.

Sin el néctar divino no hay inmortalidad, Eros lo sabe.

¿Podrá beber a su vuelta? ¿Querrá Eros soportar el tedio de la inmortalidad?.

La partida

Deja atrás las nieves eternas y las altas rocas del Olimpo.

Le espera el amor, conoce el manual aunque no lo ha saboreado.

Por vez primera no anda sujeto al dogma divino, puede equivocarse.

Sobre Elena y Eros

Nunca antes han tocado el amor.

El juego nervioso que implica a ambos deviene en placer.

Ella ha salido indemne de su pudor, él emite tímidos sonidos, casi guturales, que se diluyen en la música que ambos forman.

El deleite virginal no es amor, ni antecede al compromiso, piensa Eros.

Sobre Olga y Eros

Querido Eros:

“De confrontar la madurez con la juventud suele resultar un vencedor, si es que así se puede calificar nuestra ruptura, lo dual no complementa ni con pegamentos amorios, estos no duran siempre y se corre el riesgo de quedar adheridos para siempre en un cuerpo que no se desea, en la sinrazón de la

cotidianeidad. Esa fue mi locura, soportar mi madurez frente a tu juventud, imaginar mi vejez ante tu madurez.

Me equivoqué al pensar que podría actuar como una madre contigo, ¿Edipo?, no, de eso estoy convencida, tú nunca me mentiste y me dejaste claro desde un principio que no querías ser padre. Ahora me doy cuenta que no buscaba siquiera un sí tajante y absoluto, una actitud callada hubiera bastado para seguir pensando que, quizás más adelante, cambiarías de opinión.

Ahora, tu nombre adquiere aspecto de casualidad, un espacio que tenía que rellenar en mi vida. El tiempo hizo su trabajo y cerró lo que pudiera quedar. Esta carta es el punto final que necesitaba rubricar.

¡Voy a ser madre!.

Cuídate.”.

Sobre Ariadna y Eros

Se conocieron en un sueño.

Ocurre a veces. Uno piensa que es imposible que estas cosas puedan llegar a suceder, y de repente, son besos las palabras que te apartan de la realidad

El nombre de ella, Ariadna, diosa de la fertilidad (que Eros sospecha causalidad, señal o advertencia del Olimpo) no supone un freno a los labios que le ofrecen el verdadero amor. Su destreza relaja los problemas cotidianos, y palia los daños que pudieran causar, es la higiene en el verbo, ocupada en mecer los días con prudencia.

Su nombre significa “la más pura”. Hace mucho que dejó de tomar el néctar divino, por lo que Teseo y Dionisio ni siquiera forman parte del olvido. Eros ha sido la única experiencia sin el amparo de la inmortalidad.

El deleite se reparte a través de los años, sabiendo él que su cuerpo sigue siendo el mismo, viendo ella como se asientan las primeras arrugas.

No hay hijos que contar, Ariadna entiende los motivos por los que él no puede ser padre, basta con oler la piel de Eros, enredarse en sus cabellos dorados que siempre tienen el mismo brillo, y deslizar las manos por su cuerpo níveo.

El adiós de Ariadna es tejido con un hilo de admirable dignidad, prepara a Eros para su decisión, sabe que es un niño a expensas de decidir qué cárcel prefiere, si el amor o la eternidad.

Ella tiene los ojos cerrados y el color de la caricia. No respira ni puede ver como Eros llora, sorprendido de la sal y del amor.

En el Hades, donde nunca jamás existió

Hera respira aliviada. No habrá flechas que contraríen a Zeus.

Nada sabemos de Eros. Tal vez vague como Psique, en busca del Amor.